

3. Desde el centro de la periferia

FERNANDO IWASAKI

*Y aunque entiendo que mi atreimiento es demasiado en esto,
todavía tengo propuesto de gastar lo que de la vida me queda
en escriuir.*

(Inca Garcilaso de la Vega,
Diálogos de amor de León Hebreo, 1590)

*Era una noche espléndida. Levantando su violín lo encajó con-
tra su mandíbula y empezó a tocar para nadie, en medio del
estruendo. Para nadie. Y tuvo la certeza de que nunca lo había
hecho mejor.*

(Julio Ramón Ribeyro,
Silvio en El Rosedal, 1977)

Durante los treinta años de residencia que llevo en España, jamás he vivido en otra ciudad que no fuera Sevilla. En ocasiones puntuales he tenido que pasar breves temporadas en Madrid o Salamanca, pero nunca más de una semana en cada ocasión. Mi casa, mi hogar, adonde deseo regresar cuanto antes —incluso si estoy en Lima— se encuentra a las afueras de Sevilla, en un pueblo de la vega del Guadalquivir llamado San José de La Rinconada, pues

vivo en una casa rural que en el siglo XIX ya era un ventorrillo de arrieros y trajinantes.

Sevilla no es ni la tercera ni la cuarta ciudad de España, porque Bilbao y Valencia le siguen en importancia a Madrid y Barcelona. Más bien, Sevilla debe estar disputándose la quinta plaza con Málaga y Zaragoza, por lo que ahora mismo muy bien podría ser la octava ciudad del escalafón urbano español. En realidad, tales jerarquías me traen sin cuidado, pues lo único que pretendo ilustrar es lo distinta que resulta mi vida en Andalucía comparada con Lima, ya que estoy lejos de los circuitos literarios de las grandes ciudades, publico en editoriales provincianas, cultivo mis propias hortalizas en un huerto, trabajo con músicos flamencos y recojo los perros que algunos desaprensivos abandonan por las carreteras secundarias de mi alrededor. Vivir donde yo vivo en España vendría a ser como vivir a las afueras de Huaraz si residiera en el Perú, lo cual me haría mucha ilusión de ser el caso. He tenido que venir a la periferia de una provincia española para descubrir que también podría ser feliz en la periferia de una provincia peruana.

Vivir en Europa no me ha espabilado al presunto cosmopolita que todo limeño cree que lleva dentro, sino al provinciano que todos los limeños escondemos. El único cosmopolitismo que me atrae es el que perfuma los libros, pues todas las cosas finas y nobles de Europa presumen más bien de antiguos y pueblerinos linajes, como es el caso de los quesos, los vinos, los aceites, los aguardientes, las salazones y, por supuesto, las artesanías, los oficios, las cocinas, los instrumentos musicales, y así hasta el infinito. Mi abuelo materno nació en las alturas de Huamantanga, pero en casa nadie había ido allí, ni siquiera por la curiosidad de probar in situ las sabrosas papas que ofrecen los restaurantes más sofisticados del Perú. Por eso, cuando visité Huamantanga abroché otro de los círculos familiares que me propuse cerrar cuando decidí recoger los pasos de mis abuelos oriundos de Guayaquil, Caraz, Hiroshima y Huamantanga, porque en mi suburbio andaluz crepitan todas mis periferias.

Lima es una de las palestras de la centralidad, aunque muchos letraheridos se sientan demasiado lejos de las multinacionales de la edición. Pero no. Desde Lima es posible tener un blog muy influyente en todo el ámbito de las letras hispanas y las redes sociales permiten conectar de forma simultánea escenarios centrales como Buenos Aires, Santiago y Ciudad de México con Madrid, Barcelona

o Nueva York. Sin embargo, el bloguero de Talca, el twitter de una librería de Riobamba o el Facebook de una poeta de Saltillo circulan todavía por las carreteras secundarias de la información, porque la centralidad teje sus propias redes y así las periferias continúan instaladas a las afueras de la galaxia digital, igual que mi entrañable ventorrillo sevillano. Por eso publicar en Murcia, Gijón o Sevilla viene a ser lo más parecido a publicar en Tucumán, Cochabamba o Mérida de los Andes.

“¿Por qué eres hinchado del Betis?”, me preguntan perplejos muchos amigos y familiares latinoamericanos que desde sus respectivos países son seguidores del Barcelona o del Real Madrid. ¿Y por qué no? Ser del Betis sería como ser hinchado del León de Huánuco en el Perú o del Atlético Bucaramanga en Colombia, equipos modestos, esforzados y sin el *glamour* de los clubes que manejan presupuestos más pródigos que los de muchas monarquías africanas. Diría más: esos equipos representan en el fútbol el lugar que uno mismo ocupa en la *República Mundial de las Letras*, por convocar el título de un fastuoso ensayo de Pascale Casanova dedicado a las consagraciones, las metrópolis culturales y la historia de la literatura en la era de la globalización.

Por lo tanto, me considero un narrador peruano que ha elegido alejarse de la centralidad que supone escribir desde Lima para hacerlo desde los extramuros de una periferia provinciana andaluza, donde todo lo que he perdido en visibilidad lo he ganado con creces en seguridad. A saber, seguridad para acceder a las lecturas que me interesan, la seguridad de conocer a autores admirables, seguridad para recibir por correo postal los libros que adquiero por internet y la seguridad que supone disfrutar de un estado del bienestar que me garantice unas condiciones mínimas para seguir leyendo y escribiendo después de cumplir los sesenta años. Para mí es más que suficiente.

La industria editorial y cultural española es raquíptica si la comparamos con la británica o la francesa, pero rotundamente poderosa en la esfera de nuestra lengua. Por eso, para mí, vivir en España conlleva asumir la responsabilidad de conocer la literatura que se escribe en mi lengua. Así, de forma voluntaria pospongo la lectura de autores traducidos de otros idiomas, aunque se trate de figuras relumbrantes de las letras contemporáneas. He tenido el privilegio de compartir actos con narradores que admiro, como J. M. Coet-

zee, Wole Soyinka, Salman Rushdie o Vikram Seth, pero esas son las excepciones que confirman la regla, porque lo razonable es que alterne con escritores mexicanos, chilenos, colombianos, argentinos, salvadoreños o costarricenses. Sin duda tiene que ser maravilloso conocer al dedillo las novelas de Jonathan Franzen, Haruki Murakami, Mathias Enard o Mircea Cartarescu, pero me sentiría muy avergonzado si fuera incapaz de hablar sobre la narrativa ecuatoriana o guatemalteca contemporánea. Y que conste que no me refiero solamente a los escritores panameños o nicaragüenses publicados por las multinacionales españolas de la edición. De ninguna manera, porque vivir en San José de La Rinconada —como en cualquier aldea española— me garantiza la recepción de cualquier impreso aparecido en el más remoto sello latinoamericano del Atlas. Por eso mi ventorrillo vegano es el centro de todas las periferias literarias de mi lengua.

En numerosas ocasiones he respondido que no vine a España ni para ser escritor ni para crear una distancia literaria con mi país. Vine como historiador para investigar en el Archivo de Indias y cursar un doctorado en mi especialidad. Sin embargo, cuando ciertas circunstancias burocráticas y familiares me instaron a abandonar el ejercicio académico de la historia ya instalado en Sevilla, mi segunda vocación —la escritura— acudió al rescate para alivio de mi familia. No puedo negar que publiqué un primer libro de cuentos en 1987, pero entonces creía que *Tres noches de corbata* solo sería un clavel en la solapa del historiador. Sin embargo, como para llegar a fin de mes tuve que escribir editoriales sin firma, críticas de televisión, crónicas deportivas, reseñas de libros, artículos esotéricos, necrológicas de escritores e infinitas columnas de opinión, la escritura literaria se abrió paso entre las otras de forma natural. En realidad, el deseo de escribir me pilló escribiendo, aunque siempre leyendo.

Vivir en España y no leer es un contradiós, porque a la industria editorial hay que sumar el esplendor de las librerías de viejo y de nuevo, así como una fastuosa red de bibliotecas públicas. Así, leyendo descubrí un retablo de olvidados escritores peruanos, preteridos en el Perú y casi desconocidos en España, a pesar de haber publicado aquí la mayoría de sus libros. Me refiero a Félix del Valle, Rosa Arciniega, Felipe Sassone y Manuel A. Bedoya, entre otros, a quienes he dedicado ensayos, artículos, cuentos y estudios a lo largo de los últimos veinte años. Jamás habría conocido a estos peruanos inve-

rosímiles de no haber sido por las sugerencias y recomendaciones de Abelardo Linares, poeta, editor y librero de viejo que lo ha leído casi todo. Abelardo fue mi mentor en el conocimiento de la literatura en español de la primera mitad del siglo xx y me encomendó la dirección de *Renacimiento*, su prestigiosa revista literaria. Gracias a aquella aventura, que duró de 1996 a 2010, asumí que mi cometido principal como escritor latinoamericano residente en España tenía que ser rescatar y dar a conocer a autores valiosos para la literatura, porque Abelardo me enseñó que muchos poetas y escritores pueden ser esenciales para la historia de la literatura, pero del todo insignificantes para la propia literatura. Como se puede apreciar, existe otra periferia en los alrededores del canon.

Por otro lado, la revista literaria *Renacimiento* fue una espléndida palestra para dar a conocer a autores. Al poeta Eduardo Chirinos comencé publicándole poemas en la revista y luego una antología de su poesía en *Renacimiento*, seleccionada por Vicente Tortajada. Pocos años después recorrimos el mismo itinerario con el poeta José Watanabe, de cuya antología para *Renacimiento* se encargó el mismo Eduardo Chirinos. Hoy la poesía de ambos goza del unánime reconocimiento de la crítica española, mérito que les pertenece solo a ellos y a su talento, aunque para eso hizo falta que al menos hubiera alguien en los extramuros, merodeando en los límites de la periferia.

En mi parcela de la vega del Guadalquivir, a la vera del huerto y los frutales, también han arraigado muchos árboles peruanos y latinoamericanos, como los molles, los faiques, los huarangos, las lúcumas, los ceibos, los arupos, los ombúes y los lapachos. Ellos representan la remota frontera en mi periferia cercana, pues florecen o pierden las hojas dos veces al año, como si quisieran abolir el malentendido biológico entre las estaciones y los hemisferios. Cualquier escritor peruano en España haría lo mismo que mis molles trasplantados en Andalucía: florecer cada vez que el tiempo los huaracea, la lluvia los retarma y el sol los achosica. Algo que solo podría ocurrir en el centro de la periferia.